

LA SANTIDAD
(Holiness)

TEXTO AUREO

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”

Hebreos 12:14

LEVITICO 20:26 Habéis, pues, de serme santos porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos.

1 PEDRO 1:16 Porque escrito esta: Sed santos, porque yo soy santo.

HEBREOS 12:14 Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

EFESIOS 5:26, 27 Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

HEBREOS 6:1 Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios.

FILIPENSES 3:12 No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.

2 CORINTIOS 7:1 Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.

LECTURA EN CLASE

1. Dios es santo

Levítico 20:26; 1 Pedro 1:16; 1 Juan 1:5

La santidad de Dios significa Su absoluta pureza moral. Ni puede pecar ni tolerar el pecado. Dios es perfecto en absoluto en la justicia, y en El no hay ni la imperfección ni la impureza en el más mínimo grado.

La raíz etimológica de la palabra “santo” quiere decir “separado”, retirado de lo común o lo sucio. ¿En qué sentido es separado Dios? El es perfecto; el hombre es imperfecto. Dios es divino; el hombre es humano. Dios es perfecto moralmente, el

hombre es pecaminoso. El término “santidad”, cuando se refiere a Dios, significa Su estado separado y Su trascendencia sobre la creación.

Más que cualquiera otra característica, la santidad es la que Dios quiere que el hombre recuerde tocante a El. Las visiones que Dios dio a Job, a Moisés y a Isaías demuestran esto claramente. El profeta Isaías llama a Dios “El Santo” aproximadamente treinta veces. Es a causa de esta característica, más que cualquiera otra, que Dios no puede tener la comunión con el hombre pecador. Dios odia el pecado; para El es vil y detestable. La distancia infinita entre Dios y el hombre existe a causa del pecado.

El pecador y Dios están en los polos opuestos del universo moral. Aquí está la necesidad de la expiación, con la cual se encuentra el puente para cruzar esta distancia tan terrible.

Solo Dios es verdaderamente santo en Sí. El es el único origen de la perfección absoluta. Puesto que hay solo un Dios, solo hay un origen de lo sagrado y lo divino.

El hombre tiene que ser santo antes de que pueda tener la comunión con Dios. El hombre es hecho santo solo como se consagra a Dios y la presencia de Dios entra en su vida. Cuando tengamos las opiniones correctas de la santidad, también tendremos las opiniones correctas del pecado.

II. La santidad es esencial

Hebreos 12: 14; Mateo 5: 8; Efesios 5:27

Solo los que son santos, separados de la maldad, y dedicados al Señor, podrán ver a Jesús, su Señor y Salvador, y entrar en Su reino.

Podemos entender mejor la importancia de la santidad para la salvación si consideramos dos cosas básicas.

A. *La naturaleza de la comunión con Dios*

Fue el pecado de nuestros primeros padres que rompió la comunión entre Jehová y Adán. La presencia del pecado había creado un abismo infinito entre Dios santo y el hombre pecador. Siempre que exista, no habrá la comunión. La cuestión del pecado tiene que resolverse, y el hombre hecho santo antes de que se pueda restaurar la comunión. Efectivamente la salvación es la comunión eterna entre Dios y el hombre. Para eso, no puede haber la salvación sin la santidad de parte del hombre.

B. La naturaleza del cielo

El pecado no puede entrar en el cielo. “No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o

que hace abominación y mentira...” (Ap. 21:27) Si el pecado pudiera entrar en el cielo, cesaría inmediatamente de ser el cielo. Solo las personas justas, puras y santas tendrán el derecho de entrar en la casa eterna que les ha preparado el Señor a sus hijos. El cielo es un lugar preparado, un lugar preparado por Dios santo para un pueblo santo. Por eso, la santidad es esencial para la salvación.

En su carta a la iglesia de los efesios, Pablo escribe que la esposa será una iglesia gloriosa sin mancha ni arruga. Sin la santidad, ningún hombre puede tener la esperanza de estar en la iglesia y de estar listo para el regreso del Señor.

III. La santidad es impresa

2 Corintios 3:18 Efesios 5:26 Hebreos 3:10

La presencia y el poder del Espíritu Santo hace santo al hombre. La responsabilidad del hombre es de hacerse conforme a la influencia santificadora del Espíritu Santo y de permitir que Dios haga Su voluntad en su vida.

Lo que hace santo al hombre es la presencia del Señor. El hombre es incapaz en absoluto de hacerse santo porque la santidad pertenece a Dios. Como requería la presencia de Dios en la zarza que ardía para hacer “tierra santa” la arena del desierto, es la presencia de Dios en la vida de un hombre que le hace santo.

Bajo la ley, el hombre se hizo justo haciendo lo que era justo; bajo la gracia hace lo que es justo porque el hombre ha sido hecho justo. En el Antiguo Testamento, la justicia era imputada; en la iglesia del Nuevo Testamento la justicia es imputada e impresa. Sin la presencia y el poder del Espíritu Santo en la vida, que le hace ser una nueva creación, el hombre no puede ser santo. Puede ser moral pero sigue siendo pecador hasta que renazca y sea santificado por el

poder del Espíritu Santo. Sin Dios, nuestra justicia es inmundicia (Is. 64: 6).

La obra de santificación (separar de la maldad y dedicar al servicio de Dios) empieza en la vida del hombre cuando oye o lee el mensaje del evangelio, porque la Palabra de Dios tiene una influencia limpiadora en el corazón del oyente.

“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.”

(Juan 15:3)

“Santificados en tu verdad; tu palabra es verdad.”

(Juan 17: 17)

Hay poder en la Palabra de Dios de convencer de pecado y de ejercer la influencia santificadora en la vida de un penitente.

Aunque la presencia del Espíritu Santo lleva a cabo la obra de la santificación, el hombre mismo tiene una responsabilidad definida en ser santo. Como el hombre que tiene frío va al fuego y se calienta, el hombre que no es santo va a Jesús y Jesús le hace santo. Es la responsabilidad del hombre de ir y de someterse a la influencia salvadora de Jesús. El hombre lo realiza por arrepentirse, rendirse a Dios, consagrarse y dedicarse a Dios, separarse del mundo, y por la fe y la obediencia. El hacer esto es el “culto racional” y ni merece ni gana galardón.

Aunque no podemos hacernos santos sin Dios, tenemos la responsabilidad de llegar a ser santo porque Dios nos ha provisto el medio por el cual podamos ser santificados. Si nos negamos rendirnos al poder del Espíritu Santo, quedaremos sin santificar y sin excusa.

IV. La santificación

2 Pedro 3:18; Filipenses 2:12

2 Corintios 3: 18

Siempre que se quede en esta vida, crecerá en espiritualidad y perfección. Se realiza por vivir una vida llena del Espíritu

La exhortación de Pedro de crecer en la gracia y el conocimiento de Jesús, y la de Pablo de ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor, no verifican que la santificación es una obra progresiva en nuestras vidas. Otras exhortaciones son de “perfeccionar la santidad en el temor de Dios” (2 Co. 7:1), de “crecer y abundar en amor” (1 Ts. 3:12), y de “abundar en ello más y más” (2 Ts. 4:10)

Todo esto demuestra que la santificación es progresiva y sigue obrando en la vida del creyente hasta que muera.

El creyente lleno del Espíritu (Ef. 5: 18), quien anda conforme al Espíritu (Ro.8:14), y quien es guiado por el Espíritu, vive una vida superior al pecado donde no hay condenación. Efectivamente, el único modo posible de vivir superior a la condenación es vivir la vida llena del Espíritu y de ser guiado por el Espíritu.

Si un hombre lo encuentra difícil vencer una falta o un pecado en su vida, el modo más eficaz para obtener la victoria es buscar más el Espíritu Santo. Siendo lleno del Espíritu y guiado por el Espíritu Santo, podrá conquistar la tentación y podrá vivir superior al pecado. Todo creyente debería ver crecimiento definido en la espiritualidad y la santidad.

V. La perfección

Hebreos 6: 1; Filipenses 3: 12

2 Corintios 7: 1

Se puede considerar la perfección como absoluta o relativa. No se puede mejorar lo que es de Dios; lo que es del hombre siempre puede ser mejorado.

La perfección absoluta no admite grados; este tipo pertenece solo a Dios. El es perfecto en toda característica. No solo es perfecto, sino que todo lo que hace es perfecto.

Cuando Dios salva al hombre, el hombre es perfectamente salvo. Su posición en Cristo es perfecta y no puede mejorar esa posición. Esta es la obra del Espíritu Santo en la vida y por eso la obra es perfecta.

La perfección relativa es un término que describe lo que obra en el carácter del creyente. Así el proceso de crecer y madurar se describe. Es posible que el creyente ande en toda la luz que tiene y todavía seguir siendo imperfecto; puede ser sin culpa pero no sin falta.

El deber del creyente es de esforzarse para ser perfecto (Mt. 5:48). Todo hijo de

Dios es salvo perfectamente pero nadie alcanzará la perfección absoluta en su carácter y conocimiento. Por esta causa toda persona debe esforzarse para ser perfecto y debe perfeccionar la santidad en el temor de Dios (2 Co. 7:1).

El creyente maduro debería ver mucho crecimiento en su vida espiritual. A la vez no debería juzgar a un nuevo creyente por lo que sabe él mismo. A todos los nuevos creyentes se les debe extender mucha paciencia.

VI. Una vida practica

Mateo 7:21; Romanos 12:2

El camino de la santidad es una experiencia práctica de vivir victoriosamente en la voluntad de Dios, Todo hombre es capaz de vivir así.

Hay quienes piensan que la vida santa es algo angélico, místico y sobrenatural. No es así; la vida santa es práctica. La persona santa demuestra la santidad en toda palabra, todo paso, todo acto, los cuales hace según la voluntad de Dios. Si el hombre no vive según la voluntad de Dios es obvio que le falta la vida espiritual interior.